

LA LENICIÓN CÉLTICA Y SU APLICACIÓN AL ESPAÑOL. UNA REVISIÓN DE LA TEORÍA DE SUBSTRATO

Juan Pablo Sánchez Hernández
Universidad Complutense de Madrid

La pretensión de esta comunicación no será poner sobre la mesa nuevas ideas en torno a un viejo tema de más de cincuenta años. Simplemente quisiera poner de relieve la importancia que han estado adquiriendo los estudios de lenguas paleohispánicas en las dos últimas décadas ante la aparición de nuevos documentos que han impulsado estos estudios. Ese nuevo impulso consistente en nuevos textos, nuevos datos y nuevos interrogantes, a mi parecer, sitúan al historiador de la lengua española en una nueva posición a la hora de estudiar la posible influencia de estas lenguas en su desarrollo. Simplemente mi objetivo será realizar una puesta al día de todos estos avances que potencien una revisión de teorías que aún se siguen manteniendo como alternativas en manuales y explicaciones didácticas. Además, siendo esta teoría una teoría surgida de la lingüística comparada, plantaremos también argumentos procedentes de esta disciplina que puedan contradecir esta teoría del sustrato.

Yo me voy a centrar en mi comunicación en el caso de la lenición céltica y su presunta influencia en el proceso análogo existente en español. Sin embargo, la importancia del uso de las lenguas célticas en un fenómeno de sustrato no se limita a esto: precisamente las lenguas célticas suponen una base que sustenta la diferenciación que se da entre Romania occidental (Hispania, Galia, Norte de Italia y Retia) y Romania Oriental (que comprende la Dacia, la Dalmacia y los dialectos de la Península Itálica). Pues no solo aparece achacado al sustrato céltico la lenición, sino que también la evolución en africadas de los grupos latinos CT y CS aparecen como debidos a la acción de estas lenguas célticas (Lapesa, 1980: 83-87). Ese modo de entender la dialectalización de la antigua unidad latina, creo que de alguna manera no hace más que remontarse a esquemas de evolución histórica de la lengua en forma de árbol genealógico. Esta *Stammbaum-theorie* había quedado expuesta por Schleicher en sus trabajos, siendo este personaje uno de los principales adalides de los estudios de lingüística indoeuropea. También allí la *Stammbaum-theorie* había dado sus frutos planteando una primera distinción entre las lenguas indoeuropeas, entre lenguas *centum* y lenguas *satem*. O lo que es lo mismo, entre lenguas que sufrían una palatalización general de las velares (dialectos orientales) frente a una palatalización contextualizada y esporádica de las antedichas velares (los dialectos occidentales). Desde el siglo XIX ha pasado mucho tiempo y la aparición en el turquestán chino del tocario, una lengua *centum*, pero en oriente planteó en su momento una revisión de todos estos supuestos. Se planteó al fin y al cabo una actualización de todas estas reflexiones. De este hecho, en conclusión, podemos inferir una enseñanza: la necesidad de replantearse continuamente los planteamientos derivados de un análisis lingüístico comparativo, de estas visiones que plantean una visión monolítica, muy apta para fines didácticos, pero que acaban en su visión general por encubrir una realidad siempre amplia en datos. Y ya que partimos de la lingüística comparativa en nuestra

exposición, vamos a tratar ahora, qué nuevos datos podemos encontrarnos usando como perspectiva la comparación, primeramente entre lenguas indoeuropeas: hablaremos del griego, una lengua en muchos sentidos apta para nuestros fines. Después hablaremos desde la lingüística románica. Pero antes vamos a intentar definir el fenómeno del que estamos hablando y vamos a ver si el paralelo es completo entre el céltico y el español. Comencemos pues, nuestra argumentación.

1. Cuando Martinet habla de la lenición en sus trabajos lo primero que plantea es la definición de Thurneysen en su *Gramática de antiguo irlandés*. Reproduzco el texto de la traducción española del libro de Martinet: «Lenición es el término empleado para describir una mutación de consonantes que normalmente tuvo su origen en una reducción de energía empleada para articularlas» (Martinet, 1974: 364).

Hay dos cuestiones que tratar. La primera de ellas es lo que parece inferirse de esta definición y de las posteriores explicaciones que en el capítulo va a aportar el autor: que nos encontramos ante un proceso en el que hay una relajación articulatoria. Este proceso hace que una sílaba, en donde se oponen un núcleo de mayor sonoridad y abertura y mínima tensión articulatoria (vocales), ante unos extremos de mínima abertura, sonoridad y máxima tensión articulatoria, se convierta en otra sílaba, en donde esa oposición tiene menor fuerza, ante la menor tensión de los músculos implicados. En otras palabras: en el caso que nos ocupa, las oclusivas o consonantes interrumpidas pasan por una ley de mínimo esfuerzo a realizarse como unas simples fricativas o continuas. Si volvemos a la definición de Thurneysen, comprobaremos que no incluye la sonorización como un fenómeno que se relacione con el proceso lenitivo. La sonorización de las consonantes intervocálicas es un proceso, por tanto, que parece independiente en este caso, que puede darse o no. Así puede ocurrir que acompañe a la relajación articulatoria, como en el caso del británico en las lenguas célticas, pero puede que no, como en el caso de las lenguas goidélicas. También Thurneysen plantea otros detalles que hacen que se diferencien los procesos que aparecen en español y en irlandés. Hay un fenómeno que no coincide en el caso del español y del céltico que es el caso de las oclusivas geminadas. Ambos, español y céltico, realizan una simplificación de esas geminadas. Es decir, lo que es el esfuerzo articulatorio que implica repartir la implosión y la explosión en dos sílabas distintas se reduce pasándose a una consonante simple; pero el céltico da un paso más dando lugar a espirantes propiamente dichas: *ph*, *th*, *ch*. Y eso es algo que no ocurre en castellano. Además, en el caso del céltico la lenición no ocurre en el caso de que vaya la consonante precedida por una vocal que es acentuada. Así lo testimonia Thurneysen en ejemplos como *bráthir*, el FRATER latino, y *sechitir*, emparentado con el latín SEQUUNTUR. Esto difiere claramente con el castellano, en donde no se plantea en ningún momento esta posibilidad.

2. Por otra parte, este fenómeno que encontramos en castellano no es exclusivo de él. Fenómenos análogos los encontramos también en lenguas como el griego. La comparación que hacemos con el griego puede parecer en un principio algo descabellada o un alarde de tipología lingüística. Pero, de hecho se trata de una lengua, vehículo de cultura del oriente europeo (de la misma forma que el latín

lo fue en el occidente) durante la dominación romana y el posterior Imperio bizantino, y que comparte una dilatada vida de uso a pesar de sus transformaciones, tanto como el latín y las lenguas neolatinas. En tan largo período de tiempo, que va desde el siglo VIII a.C. hasta la actualidad, podemos encontrarnos con un amplio material que nos sirva para compararlo con nuestras lenguas románicas, y así existen trabajos que plantean esa comparación¹, cuyas líneas generales en el consonantismo vamos a plantear.

En el griego antiguo nos encontramos con un gran predominio de la articulación momentánea, en un completo cuadro de oclusivas sordas, sonoras y aspiradas. De la misma forma, en latín predominaba ese tipo de consonantismo. Pero la evolución histórica de la lengua griega hace que nos encontremos configurado un sistema consonántico en el que se da cierta predominancia de:

- La sonoridad frente a la no sonoridad.
- El modo articulatorio continuo o fricativo frente a la articulación oclusiva.
- Un predominio de los puntos de articulación anteriores frente a los posteriores (Mirambel, 1959).

Por lo que parece, estas tendencias no resultan extrañas a cualquiera de nuestras lenguas romances. Todos estos rasgos que constatamos en la lengua griega moderna, también pueden aparecer en ellas.

A la hora de explicar la tercera aseveración podemos poner como ejemplo comparativo la evolución de las velares en las lenguas romances, en donde vemos que sufren un proceso de palatalización que hace adelantar su articulación. Fenómeno que en español da el complejo juego de silbantes acumulado entre la zona palatal y dental antes de los cambios sufridos en el siglo XVI.

Pero vamos a centrar nuestro interés en las primeras aseveraciones. En este caso precisamente podemos poner en común el fenómeno que estamos estudiando con lo que ocurre en griego moderno a la hora de estudiar la evolución de las consonantes oclusivas intervocálicas: en el caso de las geminadas, tanto en griego moderno como en algunas lenguas romances, podemos hablar de simplificación de ellas. En el caso del griego moderno, una convención gráfica respetuosa con la tradición hace que nos encontremos con una notación de una geminada, que sin embargo no se da en la pronunciación. Esa convención gráfica no se da en el caso de las lenguas romances como en español, aunque sí en francés. Y por último, también podemos encontrarnos con el caso del italiano que aún conserva ese gusto por la geminación. Podemos aportar una serie de ejemplos que buscan la comparación para ilustrar este fenómeno:

ESPAÑOL	FRANCÉS	ITALIANO	GRIEGO MODERNO
<i>matar</i>	<i>aller</i>	<i>mattare</i>	<i>alós</i>
<i>graso</i>	<i>laisser</i>	<i>grasso</i>	<i>lakós</i>
<i>siete</i>	<i>nommer</i>	<i>sette</i>	<i>kápa</i>

El griego antiguo poseía una serie de consonantes oclusivas sonoras claras en el orden labial, velar y dental. En la evolución histórica de la lengua esas

¹ Vid. Dieterich, 1971.

consonantes oclusivas han pasado a ser una fricativa bilabial sonora, una fricativa velar sonora, etc. en contextos intervocálicos. Este rasgo es común a la totalidad del griego moderno, pero podemos encontrarnos con que en dialectos incluso llega a desaparecer esa consonante intervocálica:

EGEO	SUR ITALIA	A. FRANCÉS	ESPAÑOL
<i>laos (lagós)</i>	<i>zuo (zugon)</i>	<i>rue (RUGUM)</i>	<i>rúa (RUGA)</i>
<i>zuatera</i>	<i>mea (mega)</i>	<i>aost (AGUSTUM)</i>	<i>dedo (DIGITUM)</i>
<i>pelaos (pelagos)</i>	<i>alio (oligon)</i>	<i>jou (JUGUM)</i>	<i>cuida (COGITAT)</i>

Así podríamos seguir ampliando la lista de parecidos existentes entre datos procedentes de la Romania y los datos procedentes del mundo griego: a saber, simplificación de los diptongos heredados, creación de nuevos diptongos a partir de vocales breves acentuadas, sínkopas, etc. Para lo que les remito a la serie de artículos mencionados en las notas. Pero en conclusión, no parece que en el caso del griego moderno podamos postular un substrato céltico para explicar este fenómeno, con lo que el estudio de este paralelo se plantea como un argumento en contra de dicho substrato.

3. Ya dentro de las lenguas indoeuropeas pero del mundo de la Romania, nos encontramos con que también aparecen ejemplos en lenguas que no tienen contacto con el mundo celta y que en la repartición de los dialectos aparecería en la Romania oriental, o en la no afectada por la influencia céltica. Nos referimos al ejemplo del corso. El corso, lengua que por muchos años fue asimilada al italiano, presenta en el consonantismo un fenómeno parecido a la lenición que testimoniamos en céltico y que en las gramáticas al uso aparece denominada como *mutation consonantique* (Fusina, 1999: 57-64). Realizando un breve análisis de los contextos en los que esas consonantes pueden presentar una mutación, que son los mismos que presenta Martinet en su estudio –tras pausa, consonante y vocal–, de igual forma nos encontramos con que se establece una diferenciación dialectal tal como aparecía en britónico y en goidélico. Esta diferenciación se establece entre los dialectos de la Córcega septentrional, que no establecen una modificación sensible en las consonantes tras otra consonante, vocal acentuada o pausa, y los dialectos meridionales, que sufren el proceso de mutación consonántica en los contextos antedichos; es decir, una relajación articulatoria, ya nos encontremos con una consonante oclusiva sonora o sorda. Esto quiere decir que la sonorización es un fenómeno posterior que se encuentra en contextos vocálicos no acentuados. Incluso se plantea que las consonantes lleguen a desaparecer. Estos son algunos de los ejemplos que vamos a dar:

	ZONA SEPTENTRIONAL	ZONA MERIDIONAL
ORDEN DENTAL /t/ /d/		
Tras pausa: <i>Tumasgiu/Dionisiu</i>	[t][d]	[t][d]
Tras vocal: <i>u topu / u duttore</i>	[t][d]	[d][*]
Tras cons.: <i>un tappu / un dittu</i>	[t][d]	[t][d]
ORDEN VELAR /k/ /g/		
Tras pausa: <i>Carlu/Ghjaccumu</i>	[k][g]	[k][g]
Tras vocal: <i>u cane / hè ghjiovi</i>	[k][g]	[g][*]
Tras cons.: <i>un casciu / un ghjocu</i>	[k][g]	[k][g]
ORDEN LABIAL /p/ /b/		
Tras pausa: <i>Petru/Bastianu</i>	[p][b]	[p][b]
Tras vocal: <i>u ponti / u babbu</i>	[p][b]	[b][*]
Tras cons.: <i>un pratu / un bracciu</i>	[p][b]	[p][b]

En conclusión, de la misma forma que el tocario resquebrajaba esa repartición entre dialectos orientales y occidentales, también en este caso nos encontramos con una lengua que no responde a ese esquema, sino que más bien lo contradice.

4. Por otra parte podemos partir en nuestro análisis desde otro punto de vista distinto al comparativo, es decir, desde el estudio del propio céltico testimoniado en la península y los avances en su estudio. En los primeros momentos de la historia de esta disciplina en España, en los trabajos pioneros, el celtíbero se afilió a las lenguas gracias a las particularidades fonéticas que presentaban los escasos testimonios. Muy importante era el rasgo procedente de la evolución de la labiovelar sorda, diferenciándose entre lenguas Q o lenguas que conservaban la velar frente al rasgo labial, y lenguas P o lenguas que habían optado por una labialización. Así, este rasgo dialectal provocó que el celtibérico se relacionara con la familia Q, frente al galo, por ejemplo, que se relacionó con el grupo P. Además, otros son los rasgos fonéticos que comparten con las lenguas célticas, como es la evolución de las sonantes vocálicas líquidas ante oclusivas o la pérdida de la labial inicial e intervocálica (Gorrochategui, 1994). Pero esta división dialectal ha ido perdiendo fuerza con el transcurso de los años al ampliarse los testimonios de las lenguas célticas peninsulares frente a las lenguas célticas insulares. De hecho, la imagen que habíamos ido teniendo de las lenguas célticas era la procedente de las lenguas vivas, y cuando Tovar se planteó la hipótesis del substrato celta a la hora de explicar el proceso análogo en castellano aún no se habían empezado a conocer importantes documentos para el estudio de la lengua de los celtas en España. Hasta los años ochenta nos servíamos del testimonio de la antroponimia, de la toponimia, de las *tesserae hospitales* –inscripciones breves donde se ratificaba una alianza entre pueblos–, de las inscripciones sepulcrales y poco más. Sin embargo, a principios de los años ochenta un descubrimiento iba a ampliar nuestros conocimientos. El yacimiento de Cabeza de las Minas iba a proporcionarnos la serie epigráfica más abundante y larga en extensión de la que no habíamos disfrutado antes. Las piezas de las que estamos hablando ahora son el bronce de Botorrita descubierto en 1970 y editado por Tovar y Beltrán en 1982, las inscripciones en caracteres latinos encontradas en 1979 y publicadas por Fatás en

1980, y el nuevo texto broncíneo encontrado en 1992 y editado en 1996. No siempre la labor editorial ha ido de una forma acompasada: el primer bronce tardó años en ser limpiado y publicado, lo que casi sería uno de los últimos trabajos que Antonio Tovar llevaría a cabo en estos temas. Una publicación muy importante, como es los *Monumenta Linguarum Hispanicarum*, no empieza su andadura hasta 1975, empezando tan solo con las inscripciones monetales. El resto de la documentación tendría que esperar a ser editada a manos de Untermann en 1995, en una publicación importante, en cuanto que muestra una postura respecto al tema que nos ocupa, como veremos más adelante. En conclusión, la mayor parte de los estudios que han ido sucediéndose para explicar estos textos se los debió perder el propio Tovar, al que todos estos descubrimientos han pillado muy tarde, y que no pudo dar cuenta de una serie de constataciones que hay que tener en cuenta respecto al celtíbero.

Un dato principal es que nos encontramos con una serie de documentación que se remonta varios siglos atrás antes de Cristo, cuando antes la mayoría de la documentación que con cierta extensión podíamos estudiar eran textos pertenecientes a la antigüedad tardía y la época medieval. Por ejemplo, en el caso del irlandés los documentos no empiezan a ser numerosos hasta los siglos VII y VI a.C. En el caso del galés, los textos no van más atrás de los siglos XI y XII. En cierto modo, no debe parecernos sorprendente que nos encontremos con una muestra de lengua especialmente arcaizante en relación con los testimonios insulares. En un artículo en el que se planteaba el estado de la cuestión tras el conocimiento de los nuevos documentos, Gorrochategui plantea en un principio los rasgos que comparten los textos de nuestra península con los textos insulares, lo que hace que hablemos del celtibérico como una lengua céltica. Pero después habla de rasgos que los distancian lingüísticamente: desde el punto de vista fonético, al parecer, el celtibérico parece no haber sufrido toda esa serie de mutaciones que transforman tanto el léxico céltico con relación a su étimo indoeuropeo. La ausencia de la síncope y de la apócope, por ejemplo, hace que conservemos un mayor uso de la flexión nominal indoeuropea, que en cambio el irlandés no conserva por las continuas apóopes y síncopeas que ha sufrido esa lengua y que le ha hecho optar por otros recursos a la hora de explicitar morfológicamente funciones sintácticas.

Pero quizá lo más interesante sea para nosotros los problemas gráficos que plantean los documentos que tenemos. Estos están escritos en alfabeto ibérico, es decir, que usan un silabario que no nota una distinción entre oclusivas sordas y oclusivas sonoras. A la hora de deliberar si es un elemento sordo o sonoro el que se esconde tras cada grafía debemos acudir a la lingüística comparativa, pero en ningún caso va más allá de una labor etimológica, porque no se nos permite saber en ningún momento el estado real que muestran los textos. Esa, pues, es una primera dificultad a la hora de interpretar los textos, que afecta directamente a nuestro tema. Pero aún debemos hablar de una cuestión gráfica que ha tenido sus consecuencias. Se trata de la interpretación de los signos que en la escritura ibérica y en otros alfabetos se utilizan para dos silbantes: la [s] y la [ʃ]. En un trabajo de Villar de 1994 que trataba de las silbantes en celtibérico, se estudiaron los casos en los que se encontraba esa consonante testimoniada, y se descubrió que tan solo existía una alternancia de uso en posición intervocálica. Esta alternancia era

entendida como una oposición fonológica, y al saber que del indoeuropeo se había heredado una silbante sorda y que la posición intervocálica era propensa a la sonorización, se propuso una oposición entre silbante sorda y sonora [s] y [z]. Sin embargo, notó el propio Villar que se dejaban algunas palabras sin explicar porque en cierto modo estas se remontaban a una dental intervocálica. Eran pocos los datos que manejaba el propio Villar. Dos ejemplos: SEGEDA y CAESEDA, en la transcripción latina de palabras que usaban una [s] intervocálica. Y Villar lo interpretó como una muestra del intento de marcar lo que sería una oclusiva dental sonora que se realizaría de una forma fricativa en posición intervocálica. La oposición entre silbante sorda y sonora que no existiría en principio en latín, se aprovecharía por parte del lapicida para marcar un fonema tan cercano a la silbante céltica. Este pequeño detalle de la teoría de Villar, que nos habla de un posible reflejo gráfico de una lenición en céltico, es el punto de discusión en estos momentos en los estudios dedicados a esta lengua. Untermann (1997: 382-385) recoge esta sugerencia marginal de Villar y la aplica de una forma total en el estudio de los textos. Es decir, a la hora de editarlos, nos encontramos con que maneja el símbolo para el alófono fricativo de la oclusiva dental sonora en todas sus interpretaciones. Pero frente a la opinión de Untermann se halla la de Patricia de Bernardo Stempel que plantea sus objeciones. La principal de ellas es precisamente que nos encontremos con la notación gráfica de una sonora en un alfabeto en el que precisamente no nos encontramos con ninguna notación para ninguna otra oclusiva sonora.

En definitiva, he intentado en mi aportación plantear una serie de argumentos que nos permitan hablar en contra de esa teoría de substrato céltico. Hemos aplicado argumentos procedentes de la lingüística general, la indoeuropea e incluso la románica. Todo eso antes de plantearnos el estudio del tema desde el punto de vista del propio céltico, con lo que hemos tratado de realizar una puesta al día de esta disciplina que en su corta historia se muestra joven, polémica y con nuevos datos que aportar a los distintos estudios que tengan interés en su avance.

Referencias bibliográficas

- DIETERICH, K. (1971): «Neugrieschiche und romanische lauterscheinungen in ihrem verhältnis zur Vulgär-koiné und zum Vulgärlatein sowie zueinander» en G. Narr, *Griechisch und Romanisch*, Tübingen.
- FUSINA, J. (1999): *Parlons Corse*, L'Harmattan, 57-64.
- GORROCHATEGUI, A. (1994): «El Celtibérico dialecto arcaico celta», *Emerita* LXII, 2.
- LAPESA, R. (1980): *Historia de la lengua española*, Madrid, Gredos, 83-87.
- MARTINET, A. (1974): *Economía de los cambios fonéticos. Tratado de fonología diacrónica*, Madrid, Gredos, 364.
- MIRAMBEL, A. (1959): *La langue grecque moderne description et analyse*, C. Klincksieck.
- THURNEYSEN, T: *Old Irish Grammar*.
- UNTERMANN, J. (1997): *Monumenta linguarum hispanicarum, Band IV. Die Tartessichen, die keltiberischen und lusitanischen Inschriften*, Wiesbaden, 382-385.